

Francisco Serrano

LA ROSA DE ARIADNA

(1992)

—¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—.
El Minotauro apenas se defendió.

J. L. BORGES

PRÓLOGO

Emblema de la animalidad del hombre, símbolo de sus indomables fuerzas instintivas, presente en multitud de obras escultóricas, pictóricas y literarias desde los orígenes del mito, el Minotauro raramente ha tenido una voz. Ciertamente, un sinnúmero de autores, antiguos y modernos, han hablado de él y de su historia, pero con excepción de unos cuantos textos (de Borges, de Cortázar, de Hugo Hiriart...), el Minotauro ha sido una presencia silenciada.

Sabemos por la leyenda que Teseo, en posesión del hilo que Ariadna enamorada le entregara, penetra en el laberinto y da muerte al monstruo —pero muy poco más. Nada nos impide imaginar lo que pudo haber sucedido allá adentro *antes* del arribo del héroe. *La rosa de Ariadna* refiere cómo la noche anterior a la llegada anual de los rehenes a Creta (entre los que viene Teseo), Ariadna, sacerdotisa del Laberinto, atraída por la gravitación del monstruo, que es su hermano, traspasa el umbral buscando en las tinieblas el sentido de su culto y el objeto de su veneración; conforme se adentra ese sentido se le va revelando. Sin embargo, a punto finalmente de encontrarse con el Minotauro (encuentro que más tarde se cumplirá con Dionisios, otra variante del dios carnudo), la joven escucha las aclamaciones que saludan el desembarco de Teseo, duda y, como si despertara de un sueño, como si entrara en otro, sale del *terrible palacio*. El Minotauro, que ha vislumbrado el amor, abandonado se pierde en su laberinto, que es Ariadna. Sin ella, sin lo que gracias a ella ha percibido, no siente más deseos de vivir. No es el hastío, como ha imaginado Borges en el cuento cuya frase final sirve de epígrafe a esta obra, lo que vence al Minotauro, sino el amor. Nunca hubo un combate. Teseo no hace más que liberar a un sufriente.

Personajes:

MINOTAURO ARIADNA, CORO

La acción en Creta, dentro del Laberinto.

I

Un escenario esquemático y desnudo. En el centro se yergue un vasto, simplificado andamiaje de dos pisos, que varias plataformas cortan en distintos niveles y sentidos y por cuyo interior descende una errática escalera de caracol. En la plataforma superior, inmóvil, está el MINOTAURO; su testuz es una máscara y lleva el cuerpo pintado; cojea.

De la derecha al fondo nace una rampa que, pasando por detrás de la estructura central, llega hasta el pie de la escalera, en mitad de la escena; por ella entrará ARIADNA.

El CORO no es una presencia visible: las voces que lo integran resonarán en puntos distintos del espacio, envolviendo la sala.

Oscuro. Lentamente la escena se ilumina. El MINOTAURO de pie en el centro de su maraña; va y viene sobre la plataforma, fiera enjaulada.

MINOTAURO:

COMO EL PURO estupor,
como las pesadillas de los reyes
vago en el aire espeso.
La sombra de mis ojos sabe
de una fatiga inmensa.
Y nada dejaría suponer
que sea mejor soñar que no hacerlo.
Porque tal vez es sólo
error del corazón
creer que las cosas suceden
con arreglo a principios.

Mas sé que el cielo gira
y florecen los cuerpos putrefactos,
que las estrellas cambian de lugar.

CORO:

Un rumor de pisadas en el polvo
y una traza de sangre
y una voz sin origen.

El Rechazado alienta entre sombras secretas.
Pero ya el horrible banquete
ha extinguido sus heces
y a lo lejos viene corriendo un joven fatigado.

MINOTAURO, *reaccionando a la voz:*

Nada tengo que ver con las pasiones,
nada con los más rojos andrajos del espíritu.
Suspendido entre el cielo y el mar
no ambiciono la tierra,
y mis lamentos no pagan nada.

CORO:

En otros sitios
la vida se levanta
como un enorme tallo.

Y otra suerte te llama.

MINOTAURO:

Esta hora es extraña,
como un trono usurpado.
La humedad y la sombra trazan
cacerías en el muro,
cuerpos
 esbeltos como cañas,
terrones grises o arena muerta.
Artificios de un palacio agostado.

CORO:

La noche avanza
y vuelve a retroceder,
como una pulsación.

No habrá tiempo esta vez.

A lo lejos se escucha la voz de ARIADNA.

Voz de ARIADNA, fuera de escena:

¡Déjame vivir... déjame vivir!...

MINOTAURO:

Una brusca memoria
como agua despeñándose:
tumulto en los pasadizos.

Y hubo algo
brazos y muslos
de una blancura imperdonable,
y un pecho, como un capullo escarlata.
Confusión de uñas y plantas y polvo.
Una niebla pardusca empañaba los muros,
eh, ¡eh!, y un torso suave privado de la piel.
Y yo lavé mi cuerpo en sangre
y humores amarillos
y otros huesos sustentaron mi lecho.
Y no volví a soñar...

Voz de ARIADNA, acercándose:

¡Noche, oh noche resplandeciente,
déjame
vivir, déjame ser en medio
de esta quietud sagrada!

MINOTAURO:

He errado mansamente en el sopor del estío
buscando indicios en los muros mohosos
o no buscando nada.

Voz de ARIADNA:

¿A qué podría comparar
esta cadencia, que brota del corazón
como arrullo de fronda?

El verano
sepulta todo bajo su aura verde.
Miro el mar de la noche.

Creta dormida.

Olas en los baluartes.

La voz de ARIADNA se ha acercado hasta un primer plano, a la derecha, en lo alto de la rampa.

CORO:

Ella está, intacta y tenue,
al pie del laberinto.

MINOTAURO:

En las tinieblas me
crecieron ojos para ver...

Voz de ARIADNA:

No hay una puerta aquí, no hay cerraduras.
¿Por qué las piedras abren
alas a mi paso?...

CORO:

(Un gran arte sutil labró estos muros
que no saben de años, días, minutos:
desgarrones del tiempo.)

Entra ARIADNA; lleva en las manos una madeja de blanco hilo resplandeciente que irá desplegando a medida que avanza, en círculos, hacia el centro de la escena. La luz se intensifica.

MINOTAURO:

...Es como si todo
se hubiera confundido
entre el cuerpo vertiginoso
y el flujo de las estaciones.

ARIADNA:

¿Por qué las piedras,
incapaces de ver,
me están mirando?
Tengo miedo,
tengo miedo de caminar entre ellas.

Mis deseos se hunden tierra abajo.
Hay un rumor de cieno que se agita,
un murmullo de cosas que se dejan a atrás.
Y sin moverse, vibran

las paredes de roca oscura.
Cada piedra es abismo...

Otros ojos contemplarán estas mismas estrellas,
otra sangre se agitará
bajo estos muros.
¡Oh, que para mí se abra
la rosa amarga de la desesperación!

II

ARIADNA con la madeja de hilo entre las manos, ha descendido hasta un punto situado a la misma altura en que se encuentra el MINOTAURO, en el extremo opuesto de la escena.

ARIADNA:

¡OTRO AROMA en la tierra y otros tintes
en las rutas del aire!
Siento nacer una ráfaga libre,
inminencia del tiempo de la estirpe.
Oh mi esperanza, mi incitación y mi ungimiento.

Oh el hijo terrible de mi madre, el Oculto.
Asterión Asterión...
¡Qué distinto resuena en mis oídos
esta noche tu nombre!...
Asterión,
Asterión el astado.

MINOTAURO *olfateando en torno:*

No ha crujido el umbral
ni se ha movido el aire...

ARIADNA:

Desorden de pensamientos
nacidos
de tu nombre,
hermano ausente y magnífico.

MINOTAURO:

Y sin embargo
el zumbido incesante
de la noche en las bóvedas
anuncia que un reino va a cumplirse.

ARIADNA:

¡Hermano, hermano! Escucha
el eco de mi voz inobjetable.
Voy hacia ti,

ARIADNA:

Iré por los pasillos a tu antojo.
Barreré el confuso camino
de piedras a tu paso,
quitaré despojos y polvo.
Y oirás un rumor de sandalias
que tú no conocías.

¡Que pueda para siempre vivir bajo estas sombras!

III

El MINOTAURO comienza a descender, lentamente la escalera de caracol.

ARIADNA:

TIEMBLA la tierra dormida
oscura como tu piel.
Como hoguera relumbras
en el centro del pecho.
Tu imagen se alza
sobre mi frente.

Todo lo cubres...

Danza de ARIADNA.

ARIADNA:

Hermano de las ondas, hijo de la llanura,
apareces como un cetro de oro,
como un delfín azulísimo.
Guardián de las profundidades,
no desdeñes mi ruego.
Instigador del movimiento
deja que aún exista
esta semejanza entre lo alto y lo bajo.

CORO:

El agua no puede beberse a sí misma.
El fuego no puede encenderse a sí mismo.
La luz no puede alumbrarse a sí misma.

ARIADNA:

...De la diferencia nace el placer.
Amor del laberinto:
recibe a quien te ofrenda,
abraza, devora, funde
contigo a quien te nombra.

CORO:

Adolescente del himen de plata,
anunciadora del alba, muy santa;
¿no sabes que un azar inapelable
veda el cuerpo y el afán de los dioses?

ARIADNA:

Aunque caiga tumbada
como un cielo de lino,
no he de volver sobre mis pasos.

CORO:

Adolescente del himen de plata,
virgen del laberinto:
coronas de jacintos adornaban tus sienes
y tu padre ofrecía sus banquetes por ti.

ARIADNA:

Ebria de su poder, bajo la sombra
voy tras aquel, contradictorio, ambiguo,
que el sueño y el terror revisten
de un esplendor adverso.
Yo soy su laberinto innumerable...

CORO:

Adolescente del himen de plata,
traen las noches otra vida,
círculos de luz y de sombra,
llamas silbantes.

ARIADNA:

Hermano ausente y magnífico,
¿me ves? ¿Sientes mi aliento?
¿Escuchas mi corazón palpar
en la ciega tiniebla
y aguardas anhelante mi tibieza y mi piel?

Al sentir la proximidad de ARIADNA, el MINOTAURO se exalta: habitante de las tinieblas, la luz lo toca como una redención.

MINOTAURO:

Quiero ser y saber
por mí mismo.
¡Sostengo
los pilares del espacio y el tiempo!

ARIADNA:

¿Imaginas acaso, monarca de lo informe,
cuál poder hacia ti me lleva y cómo
una impulsión más honda que el poderío del mar
endereza mis pasos?

El MINOTAURO ha descendido al nivel de la escena. *Danza del MINOTAURO.*

MINOTAURO:

¡Soy el tiempo! Insondables,
secretos e insondables
convergen en mí ríos
de sangre y pesadumbre,
cauces de pobre y sombra,
corrientes del abismo.

Soy el sueño, el poder
soterrado y oculto
que ignora la conciencia:
el encono del mito.
Soy el arduo dominio
de lo vasto y disforme.

CORO:

Sus ojos son los ojos
del pánico; el horror
que exhala su presencia
no conoce la calma.

MINOTAURO:

Soy el Monstruo, el antiguo
esplendor de lo inmundo;
soy el resabio ilícito,
el afán innombrable,
la fuerza del instinto.

ARIADNA:

Diferente y sutil:
yo soy tu sierva,
tú eres mi Señor.

MINOTAURO:

Soy el vértigo inmóvil,
la caída en sí mismo
sin tocar nunca el fondo.
Soy el azar, el éxtasis
de lo desconocido.

Soy la violencia oscura
del amor de la Madre
y la forma terrible
de la culpa, y el miedo.

CORO:

Causa del mundo,
dueño del mundo,
forma del mundo,
signo del mundo,
trono del mundo,
fuerza del mundo,
amor del mundo
— destructor.

MINOTAURO:

Soy la sombra, la inquietante
faz nocturna del hombre,
el revés del espíritu,
la confusión del caos.
Un estigma y un símbolo.

ARIADNA:

Oscilación del tiempo,
emblema del abismo:
recibe sin reserva
esta carne intocada.

IV

ARIADNA ha llegado al centro de la escena, cerca del MINOTAURO, que permanece al pie de la escalera.

ARIADNA:

EL DÍA no es más puro
que mi inflamado corazón.

MINOTAURO:

Algo, algo inasible, ubicuo, algo
cuya existencia intuí
en vigilias de júbilo confuso,
ha penetrado hondo en el laberinto.
Y aunque es incomprensible, esta presencia...

CORO:

—¿Es un dios, una diosa?—

MINOTAURO:

...una vislumbre trae
de una gracia *absoluta*.

¡Esta luz, esta luz incendiándolo todo!

CORO:

¡Como relumbra el rudo laberinto,
cómo brilla su fábrica:
se diría que el sol ha penetrado
las recónditas salas!

MINOTAURO:

¡La tierra es toda cielo,
la sombra claridad!

ARIADNA, *retrocediendo*:

¿Y qué? ¿Quién huye de la luz?
¿Por qué el afán de este sitio funesto?
Parece que los muros,
que estas lúgubres piedras
me quisieran hablar...

MINOTAURO:

¡Nada existe sin mí!
Nada puede ser fuera
de estos fieros umbrales.

El CORO celebra el desembarco de Teseo.

CORO:

Está aquí, oh está aquí,
desembarcó en el puerto
un joven cuyos brazos
serán mil veces útiles.
Y el pueblo corre a verlo.

MINOTAURO:

¿Quién
se atreve a turbar
La cerrada noche de la caverna?

ARIADNA

Mis entrañas se crispan.
¡Mis entrañas se crispan
por él!
Invencible, único, real...

MINOTAURO:

¡Nadie puede escapar, ni ser
afuera.

Nadie existe sin mí!
Yo, el inexorable...

ARIADNA, *desandando su camino*:

Padre del albedrío.
Te amaré.
Puño de la venganza.
Te amaré.

Sí, eres tú el que dispone.
Te amaré,

te amaré , te amaré.
¡Que sea para mí lo que amor quiera!

CORO:

Virgen del laberinto,
corona de la noche,
nacida de una sangre,
que el amor extraviara,
conoces su furor,
y tal vez lo recuerdas?

Virgen del laberinto,
filigrana de plata,
tu madre se jactaba
de descender del sol,
y un cúmulo de males
afligirá tus días.

ARIADNA:

Los dioses todo pueden.
Lo implacable
es su hora, lo terrible...

Un gran silencio es lo que queda.

EPÍLOGO

MINOTAURO, *irguiéndose*:

EN LA NOCHE sin término,
Tú, que me consolaste,
la última o la primera,
¿vas a volver sobre tus pasos?

Mensajera del alba,
nodriza de las grullas.
¿Regresarás un día
al laberinto abandonado?

Comedora de rodas,
renuevo de la luna:
nada estará perdido
si es que no te he perdido...

Oscuro final.